

CAPITULO XXV.

El lobo y el cordero.

—Caballero, le dijo, ha tomado usted para verme el nombre de un amigo...

—De su esposo... interrumpió Jaime.

—De mi esposo!... y cómo sabe usted... exclamó Tula asombrada permaneciendo de pié y sin mandarle sentar.

—Vengo á hablar á usted en su nombre, no como enemigo sino como hermano; permítame, pues, sentarme porque la fatiga de un dia tan horrible como el de hoy no me dejará siquiera desempeñar mi comision.

—Y bien, ya que lo sabe usted qué ha sido de Leon? Dígamelo; está herido?... ha muerto?... por piedad, no prolongue usted mas tiempo mi agonía.

Y Tula se dejó caer en el divan al lado de Jaime juntando sus manos en ademan de súplica; dígamelo por piedad...

El semblante, las lágrimas, la inmensa afliccion de la



desolada esposa demostraban su amor íntimo por aquel afortunado rival.

Jaime la dirigió una mirada que fué un relámpago de celos; pero se apagó pronto para sustituirla con otra vené- bula y cariñosa, reflejándose en su semblante la mas dulce piedad.

—Ah! señora!.. el deber que me trae al lado de usted es bien penoso; murmuró Jaime con acento triste.

—Debe ser muy cruel cuando ha cambiado tan de repente el ódio que usted me tenia, por esa profunda conmi- seracion, Leon ha muerto!... ah!... mi corazon angustiado me lo está diciendo á gritos.

Y Tula en el parasismo de su dolor lloraba amargamente, entregándose á la desesperacion que le causaba tan dolorosa pérdida.

—Cálmese usted por Dios, querida amiga, exclamó él; permítame usted que la recuerde el deber en que está de conservar su preciosa vida.

—Para quién?... murmuró Tula.

—Para su hijo; para el hijo de su querido Leon...

Y al decir estas palabras los labios de Jaime temblaban y la palidez de la rabia y de la cólera se estendia por todos sus miembros.

—Tambien, sabe V. eso?...

—Todo lo sé; Leon me ha informado de los casamien- tos de V. y de Isabel, me ha dicho el estado en que se encuentran y me ha pedido que las salve; vengo, pues, en su nombre á ofrecer á Vds. mi apoyo; mi mas generosa y sincera proteccion para salir del apurado caso en que se encuentran.

—Pero antes, dígame V. que ha sido de Leon?...

—No lo sé; malamente herido me hizo llamar; me confesó cuanto acabo de referir á V. y exigió de mi palabra de honor, de que entregaria á V. esta carta.

Jaime la sacó de su cartera.

—Ah! deme V. ¡deme V.!...

Y Tula se la arrancó, devorando con ansiedad su contenido, que eran cuatro líneas como escritas por un moribundo, sin pulso ya y con una letra que queria parecerse á la de Leon; la firma era exacta.

Decia así:

«Tula mia; voy á morir; pero la suerte te depara un protector; Jaime te ha amado siempre, es bueno y honrado; si yo muero, ámale y sé su esposa, que él será el padre de nuestro hijo... adios... me faltan las fuerzas... adios...

Tu esposo,—LEON.»

—Y bien, si me ama V.; si es verdad que le merezco algun afecto lléveme á verle, quiero recibir su último suspiro... vamos...

Y pretendia arrastrar á Jaime que procuró disuadirla de aquella idea esponiéndola su estado y los peligros que podria correr para atravesar el campo de batalla.

—No importa; decia ella; quiero verle... quiero verle muerto ó vivo y entonces daré crédito á esa carta y á las palabras de V. que de otro modo tendré siempre derecho á creer una impostura.

—Prepárese V.; pero prepárese para no volver á esta casa, tengo orden de su padre para sacarlas de Huesca á usted á su madre y á su hermana, y debemos partir esta misma noche para Francia.

—Partiremos cuando yo le haya visto.

—Prevenga V. á su madre y á Isabel, y tenga en cuenta que tambien Diego ha muerto, acabo de encontrar su cadáver en la calle.

—Oh! qué horror!... las dos!... las dos!...

Un nuevo acceso de dolor hizo caer á la infeliz jóven sobre el divan, anegándose en amarguísimo llanto.

—Si quiere V. ver á Leon, vamos, pronto; exclamó Jaime, queriendo así decidirla, animándola todavía con una incierta esperanza de salvacion.

—Pero vivirá?...

—Es posible; vamos pronto y lo veremos.

Tula echó á correr seguida de Jaime, llegó al cuarto de Isabel donde estaban ésta y su madre y las convenció para que la siguieran, demostrando la necesidad de su viaje á Francia.

Ya ellas habian recibido del marqués una órden terminante, para que sin perder momento siguieran á Jaime que debia acompañarlas hasta la frontera.

Llenas de tristeza se decidieron á obedecer.

Isabel puso dos líneas á la madre de Diego anunciándola esta resolucion, para que las manifestase á su hijo si se salvaba de la catástrofe de un dia tan fatal y diciéndola que consentia en aquel viaje por que así se salvaba, pudiendo dar á luz su hijo léjos de la casa paterna sin que su padre se enterase y en los brazos cariñosos de su madre y de su hermana.

Montaron en el coche que Jaime tenia preparado y sin atravesar la ciudad salieron al campo, que estaba sembra-

do de cadáveres y de los despojos sangrientos de aquella guerra fratricida.

—Qué horror!..... dijo la marquesa; á qué venimos por aquí?... no hubiera sido mejor tomar otro camino?...

—Tula se ha empeñado en ver á Leon, que está al otro lado de la ermita de san Jorge y tenemos que atravesar el campo de batalla; dijo Jaime.

—Qué habrá sido de Diego!... murmuró Isabel.

—Se ha salvado, hermana mia, no pienses en él, porque á estas horas estará escondido, huyendo de la persecucion de los carlistas.

—Ah! Dios lo quiera!...

—No ha sido tan afortunado Leon; que si vive todavía, será hecho prisionero.

—Ya hemos llegado; pero el carruaje no puede pasar, tenemos que apearnos; repuso Jaime, dando orden al cochero para que detuviese el carruage en lo alto del camino.

—Te acompañaremos; dijo la marquesa.

—Sí; sí; vamos todos!... pobre Leon!... añadió Isabel.

—Ha muerto y vamos á encontrar su cadáver; disuadidla; dijo Jaime [al oido de la marquesa y de Isabel.

—Pero hija mia; no es mejor, que sigamos nuestro camino?... exclamó la marquesa.

—Sin ver á Leon?... ah! nó; dijo Tula.

—Y si hubiera muerto?... añadió Isabel.

—Quiero verle!... quiero verle...

—Yo iré y traeré noticia cierta; si está vivo las llevaré á Vds.; propuso Jaime.

—Mejor es; déjale que vaya...

—Ah! nó, imposible; yo tendré valor para verle y

para besar su frente; despues me vendré tranquila por haber cumplido con mi deber.

Todos los esfuerzos fueron inútiles para disuadirla, y se pusieron los cuatro en marcha hácia la ermita, caminando á pié con los últimos reflejos del sol poniente.

Entre los matorrales, tendido sobre la yerba, segun le habia dejado Jaime estaba el cuerpo de Leon; Tula se lanzó hácia él y le cubrió de besos y de lágrimas, siguiéndose una escena desoladora que fué preciso cortar, porque la infeliz jóven sucumbia de dolor.

Medio muerta la llevaron al carruage, donde cayó en una postracion lamentable; las dos hermanas se abrazaron y fueron llorando casi todo el camino, sin que bastasen las dulces palabras de su madre, ni los consuelos de Jaime que se esforzaba en parecer amable y bueno, cuando su interior era tan perverso y tan cruel.

Tula llevaba en su pecho la supuesta carta de Leon que leyó mil veces, resistiéndose á creer que la hubiese escrito; pero ante los hechos bajaba la cabeza, mucho mas, cuando Jaime la dijo que nunca forzaria su voluntad, dejándola completamente libre para decidirse en aquella grave cuestion.

El manto de la noche protegió su marcha y cubrió el cuadro de horror que ofrecian los campos de Huesca en aquella desastrosa batalla.

CAPITULO XXVI.

Amor del alma.

Dejemos á los viajeros llegar en paz á la frontera francesa, y retrocedamos á buscar á Rosa para iniciar á los lectores en los importantes sucesos de su aventurera existencia.

En un pueblecito muy inmediato á Huesca, cuyo nombre no hace al caso conocer, y que por darle alguno designaremos con el de Moralejo, habitaba Rosa en una bonita casa situada en las inmediaciones del pueblo. Tenia vista al campo y á una de las calles mas principales de la villa, porque esta era pequeñísima y de muy escaso vecindario.

Los sencillos muebles de esta casa no revelaban lujo ninguno, solamente se respiraba en ella un aire de limpieza y de buen gusto que agradaba, y un silencio sepulcral.

El único ruido que interrumpia aquella triste soledad era el arrullo lastimero de dos tórtolas que tenian su nido en el ancho portalon que cubierto de parras daba ingreso á la casa.

A la derecha estaba la cocina y algunas habitaciones; á la izquierda una salita con una gran ventana al campo.

En esta sala habia una alcoba donde Rosa dormia en sencillísimo lecho de madera torneada.

Los muebles de la sala eran una sillería de paja, una mesa, que tenia encima un hermoso Santo Cristo dentro de una urna, y colgado en la pared un cuadro que representaba la Magdalena á los piés de Jesús.

Cerca de la ventana habia un pequeño velador de pino, donde Rosa tenia varios libros y labores de aguja, conociéndose que alternaba en estas diferentes ocupaciones en sus largas horas de interminable soledad.

No era ya la bella y fresca aldeana que conocimos en el monte guardando las cabras; su gentileza habia desaparecido con el airoso traje aragonés que antes vestia y que substituyó en su nuevo estado con una larga túnica de lana de hechura moderna, queriendo asemejarse á las señoras de la ciudad, pero sin llegar á ellas y habiendo perdido la gracia de la aldeana.

Estaba, sin embargo, muy bella porque era una hermosísima mujer. Sus magníficas trenzas rubias como el oro, de un color un poco subido, caian á lo largo de su pecho, asemajándose con su densa palidez á una estatua griega.

Sus formas redondas antes, habian adelgazado considerablemente, y en el círculo morado que rodeaba sus ojos de indefinible color, se advertia la huella de constantes lágrimas y de insufribles padecimientos.

Un relojito de pared colocado encima del sofá acababa de dar las doce de la noche.

Rosa que estaba sentada junto al velador y tenia un li-

bro en la mano se estremeció al oír las doce campanadas, cerró el libro y se levantó.

Fué primero hácia la ventana escuchando con profunda atención si se sentía á lo léjos el galopar de algun caballo y luego desanimada se puso á pasear á lo largo de la sala.

Su inquietud era inmensa.

Tres ó cuatro veces volvió á la ventana, y por último, al ver que el reloj marcaba la una, fué á caer en el sofá anegada en llanto.

Permaneció llorando mucho tiempo, hasta que asaltada por una idea repentina, se levantó, y entrando en su alcoba se arrodilló delante de una imagen de la Virgen que tenía á la cabecera de su cama; elevó sus manos en ademán de súplica y exclamó:

—«¡Oh! ¡Madre mia!... Madre de los pecadores, vos que profundizais en el corazon de los mortales, ved cuánto le amo, ved cuán insensata es esta pasion que me devora; no puedo vivir sin él, y me someto sin réplica, como una esclava á todos sus caprichos!... Ah! Virgen mia!... sadvadme; arracad esta pasion de mi pecho para que yo no sufra tanto ó traédmele; que venga, un solo momento á su lado es para mí la felicidad mas grande de la tierra!...»

Continuó ahogada por los sollozos dirigiendo mentalmente sus súplicas á la Virgen, y mas tranquila despues de este ferviente desahogo salió á la sala.

Dos golpes dados en el cristal de la ventana la hicieron estremecer hasta lo mas profundo de su alma: de un salto se plantó en la ventana.

—Gracias, Virgen mía!... exclamó con júbilo infinito.

Y dando á Jaime la llave de la puerta para que

no esperase tanto en el campo, se dirigió mientras entraba, á secar con agua fresca sus ojos que estaban enrojecidos por el llanto; arregló despues su cabello y su traje al espejo y salió con la luz cuando ya Jaime habia dejado el caballo en la cuadra.

El primer impulso de la jóven fué arrojarle en sus brazos; pero se contuvo, y aunque rebosaba en su corazon la alegría, acalló sus latidos y se limitó llena de respeto y de temor á darle las buenas noches, informándose de su salud con el mas cariñoso interés; él la contestaba por monosílabos.

Jaime era un hombre muy brusco, de trato áspero, le enfadaban las caricias que llamaba mojigaterías de mujeres, y tenia muy pocas palabras.

Entraron en la sala y fué á sentarse en el sofá. Ella tomó una sillita baja y se sentó á sus piés.

—Qué has hecho estos dias? la preguntó.

—Nada de particular; esperarte siempre, pensar en tí, de dia, de noche y á todas horas.

—Me esperas siempre?

—Siempre; aun cuando tus visitas van siendo cada vez mas tardías; pero yo me hago la ilusion de que vas á venir y me paso las noches enteras clavada en esa ventana creyendo que el ruido del viento es el galopar de tu caballo.

—Bah! qué tonterías!... dijo él.

—Ay! si vieras qué chascos me llevo!... y cuántas veces me parece que llegas y me quedo con la llave en la mano temblando de emocion!...

—Vamos, tú eres tonta!...

—Es verdad; quizá lo sea; pero no lo puedo remediar.

—Pues mira, cada vez tengo menos tiempo de qué disponer, estoy muy ocupado, y no estrañes si en algun tiempo no me ves venir.

—Aun quieres acortar los escasos momentos de placer que disfruto á tu lado?

—Mis ocupaciones lo impiden.

—Qué desgraciada soy!... siempre sola!...

—No empieces con jeremiadas porque me voy; la interrumpió bruscamente Jaime levantándose y empezando á pasear por la sala.

—Nó, quédate; yo estaré alegre y contenta para que seas feliz; sí, mi única dicha en la tierra es verte satisfecho de mí y no lo puedo conseguir!...

—Ni lo conseguirás con llantos.

—Pues ya río, ¿lo ves?...

Y la infeliz devorando sus lágrimas, y oprimiéndose con ambas manos su angustiado corazon, ensayaba una sonrisa y se esforzaba en conmovier el corazon de roca de aquel hombre duro y desapacible.

Inútiles esfuerzos! era para él un juguete que se arroja cuando cansa, y ya habia llegado para Rosa este desgraciado momento.

Jaime ni la miraba siquiera.

De repente cesó en sus paseos; sacó una bolsa repleta de monedas de oro y colocándola sobre una mesa dijo:

—Aquí tienes dinero, por si tardo algun tiempo en volver.

—Vás á hacer algun viaje?

—Sí, contestó secamente.

—Y cuándo volverás?

—No lo sé.

—Yo quisiera decirte una cosa; pero no me atrevo, tienes un carácter especial...

—Pues no la digas; contestó dirigiéndose hacia la puerta.

—Ya te vas?... ah! quince minutos!...

Y las lágrimas se agolparon á los ojos de la jóven.

—Todavía no estás contenta!... despues que vengo é estas horas á verte!... Oh! las mujeres!... las mujeres!... sois insoportables; adios.

Salió bruscamente, ella iba detrás suplicándole que la escuchase.

—Una sola palabra... no te molestaré...

—Déjame... déjame... la decia con mal humor.

La infeliz sin atreverse á contrariarle volvió instantáneamente á la sala, escribió dos líneas en un papel, le dobló y salió á tiempo de abrirla puerta para que saliera su amante.

—Toma, le dijo ella, lee ese papel, que te interesa y á mí tambien, y se le deslizó en el bolsillo del gaban.

—Alguna tontería... verdad?... Tú eres tonta... tú eres tonta... adios.

Y se alejó rápidamente sin dirigir una mirada, sin estrechar la mano, sin hacer una caricia á aquella pobre mujer que se moria por él, que hubiera sido capaz de todos los sacrificios por agradarle, que hubiera dado su vida y su sangre por salvarle de un peligro cualquiera.

En aquel papel le anunciaba la infeliz que iba á ser madre, y demandaba su compasion y su cariño para el *hijo de su amor*.

CAPITULO XXVII.

Amor de madre.

Mas de un año, mucho mas transcurrió sin que Jaime volviera por Moralejo.

Rosa tuvo un niño, asistida por una piadosa vecina que se condolió del aislamiento en que vivia la infeliz jóven.

Esto la consoló de todos sus dolores ¡era madre! y este sentimiento sublime inundó de felicidad su corazon; ya no se quejó de su suerte ni del desvío del hombre á quien adoraba.

No tenia quejas para él, sino disculpas, creyéndole ausente, léjos de su patria quizá y seguia esperándole siempre, junto aquella ventana, con la llave todas las noches sobre el velador para no hacerle esperar ni un minuto como si hubiera de llegar con perfecta seguridad.

Dulce y consoladora ilusion que solo el amor del alma tiene el poder de perpetuar!...

Pero ahora no estaba sola; tenia junto á sí la cuna de

su hijo, aquella cuna donde encontraba el manantial inagotable de su mas pura felicidad.

Aquel ángel que la sonreía, que la acariciaba, que balbuceaba su nombre con un acento encantador. Aquel hijo á quien puso por nombre Jaime, el nombre de su padre; de su padre que no le conocía, que no se habia dignado despues de tantos meses averiguar la suerte de aquella pobre madre á la que dejó abandonada en su angustiada tribulacion.

Pero Rosa no tenia recriminaciones, ni quejas amargas para él, le disculpaba y pedía de rodillas á la Virgen que le tocase en el corazon y que volviese á reconocer á su pobre hijo.

Dios sin duda la oyó.

Una noche, mucho antes del casamiento de Tula y de Isabel, se hallaba Rosa abismada en la lectura de uno de los libros que Jaime la envió en los primeros dias de sus amores.

Todo su afan era instruirse, adivinaba en su amante un hombre de clase superior y queria elevarse hasta él, deseaba ya que no podia hacer otra cosa enriquecer su entendimiento con útiles conocimientos que la permitieran salir siquiera intelectualmente de aquella especie de ignorancia estúpida que envolvía á los de su clase.

Llevada de este ardiente deseo, buscó libros no bastándole los que tenia, que la facilitaron el cura y el médico del pueblo, y la vecina que la asistía, únicas personas que visitaron su casa, y á las que no pudo decir el nombre de su amante porque lo ignoraba; pero lo sabian ellos y se lo callaron respetando el secreto que habia querido guardar

el jóven marquesito, á quien consideraban mucho en el pueblo, por ser una persona de tan elevada posicion y que tenia en Moralejo bastantes fincas; siendo una de ellas la casa en que habitaba Rosa.

Lo que ella creyó que no se sabria era del dominio público, nadie ignoraba que la hija del tio Andrés el colono, de aquel hombre honradísimo que no tenia una sola mancha en su laboriosa vida, era la querida del hijo mayor del marqués de Nieblas.

Ciega en sus amores jamás le preguntó nada sobre su familia, le llamaba Jaime y nada mas, qué le importaba su apellido, ni su título, ni sus riquezas, si solo aspiraba á ocupar un lugar predilecto en su corazon?...

Ah! y este lugar no podia obtenerle la pobre campesina rica en sentimientos, rica en virtudes, pero desprovista de la aureola que da la posicion y la clase elevada á que Jaime pertenecia.

No podia llenar las aspiraciones del hombre á quien amaba, sino servirle de pasatiempo, de un devaneo fútil, de juguete que se arroja cuando cansa.

Esto estaba en las ideas de Jaime; pero no podia estar en las ideas de Rosa, que le siguió seducida por una pasion inmensa y por la palabra que solemnemente la dió de ser su esposo.

Para ella estos amores estaban consagrados por la fé del caballero, por la honradez del hombre de honor y no podia imaginarse que jamás le faltara ni su proteccion ni su cariño.

En esta confianza le esperaba sin dudar un momento que vendria mas tarde ó mas temprano.

—¡Ea!... ¡ea!... á dormirse el niño!... habia dicho Rosa á su hijo arrullándole entre sus brazos!...

El niño jugueteaba tirando de los cabellos á su madre y riéndose á carcajadas cuando se quedaban algunos entre sus pequeños dedos.

—Ah! bribonzuelo!... tú me arrancas el pelo!... Quitá!... quitá!... que temprano se desarrolla el espíritu del mal en la criatura!...

Y loca de alegría inundaba de besos á su hijo, dándole el pecho con un deleite inefable.

—Ya has cenado: ahora á dormir, le decia; colocándole en su cunita. Qué hermoso eres, hijo mio, qué ojos tan bellos, qué frente, qué rostro igual que tu padre!... ah! cuando te vea se verá reproducido en ti: mi pobre Jaime!... cómo no vendrá?... Me dijo que se ausentaba y él que es tan bueno á pesar de su carácter áspero, muy propio de los aragoneses, no habrá vuelto todavía á su patria!...

Cuando conozca á su hijo, que dirá?... ¡ay! ardo en deseos de verle!... cuánto daria por poder decirle al oido... «Tu hijo te llama!.. Escucha su vocecita infantil, con qué timbre tan melodioso que llega á lo profundo del alma dice papá! mamá!...» pobrecito mio!... no sabe mas!...

—¡Ea! duerme!... ¡á dormir hijo mio!

Que viene el coco,

Y se lleva los niños

Poquito, á poco.

Y Rosa cantaba arrullando el sueño de su hijo que al fin cerró los ojos adormecido por la canturia dulce y blanda de su tierna madre que le contemplaba con embeleso, con infinito amor.

El alma toda de aquella mujer estaba concentrada en su hijo y en su amante.

Para ella no habia mundo, ni placeres, ni satisfacciones, ni riquezas, ni porvenir.

Todas sus esperanzas, todos sus deseos se cifraban en aquellos objetos tan queridos. Vivía de la vida del corazón, vivía del sentimiento, del afecto purísimo que nace del alma.

Afecto sublime que desconocen los hombres que le desdeñan por correr tras la ilusión mentida, tras el engaño; tras el necio coquetismo.

Buscan ese afecto en la posición, en la riqueza, y le dejan en el campo, en la soledad, desdeñan las verdaderas riquezas del corazón por buscar las ficticias, las que alhagan únicamente la vanidad, los sentidos; dejan el fuego que arde en el alma, el que dá calor y vida y corren tras el humo, que se desvanece... que se vá... que se pierde en el vacío...

—Ya se ha dormido el ángel de mi amor!..... exclamó Rosa... bendito seas!... ay! hijo mio; tú serás la gloria de tu pobre madre..... tú serás el apoyo, el consuelo de mi vejez.

Y sentándose junto á la cuna tomó una labor y se puso á coser, despues de haber puesto junto á sí encima del velador la llave de la puerta, cuidado que tenia todas las noches por si Jaime llegaba que no tuviese que esperar.

Y Jaime hacia mas de un año que no habia visitado á la infeliz reclusa.

Dieron las doce en el reloj de pared que Rosa consultaba todas las noches antes de acostarse, no haciéndolo nun-

ca sino á la madrugada cuando perdida la esperanza de ver á Jaime se dejaba rendir por el cansancio del cuerpo y del espíritu.

Llena de fé religiosa y segun la costumbre que tenia de toda su vida, fué á arrodillarse delante de una imágen de la Virgen del Pilar que tenia á la cabecera de su cama.

Hizo sus rezos de la noche, pidiéndola despues con seráfica unción que volviera su amante; aquel hombre cuya imágen estaba grabada en su alma, y le veia despierta y en sueños.

No habia concluido su súplica á la madre de Dios, cuando sintió llamar á la ventana.

El corazon dió un salto en su pecho.

Toda trémula, estremecida del placer mas íntimo y mas puro, corrió á darle la llave; mientras sus labios murmuraban:

—Gracias!... Virgen mia!... gracias!...

Tuvo necesidad de apoyarse en la pared, porque sus piernas flaqueaban, se apretaba el corazon con las manos para comprimir sus precipitados latidos y ahogada por la emocion no tuvo fuerzas para moverse de aquel sitio.

Allí, junto á la ventana que quedó abierta despues de entregar la llave á Jaime; por la que penetró un rayo de luna que fué á iluminar el rostro inocente del niño que dormia el sueño de los ángeles, teniendo á su hijo á los piés, y apoyándose en una mesa para no caer en tierra desvanecida la encontró Jaime.

De los ojos de la infeliz mujer habia empezado á correr

un torrente de lágrimas; eran de placer; eran de inmensa satisfacción.

La puerta se abrió bruscamente, y apareció en el dintel, la figura esbelta y elegante de Jaime, que con turbafaz y sombría mirada contempló un momento el cuadro que se ofrecía ante su asombrada vista.

CAPITULO XXVIII.

Esperanza realizada.

A la vista de Jaime que la contemplaba con hosca mirada, se operó una reaccion instantánea en el alma enérgica de aquella pobre mujer, que se dejó abatir un momento por el esnervamiento de la dicha; por la realizacion de una esperanza largo tiempo alimentada.

Corrió hacia él loca de júbilo, saltó á su cuello y con acento tembloroso por la emocion y por el llanto, exclamó llevándole hácia la cuna.

—Mira!... mira!... tu hijo!... que hermoso es!...

Aunque hubiera sido de hielo el alma en aquel hombre, que lo era poco menos, tenia que hacerle impresion semejante escena, y sobre todo aquella madre sublime, que llena de felicidad le recibia con una alegría infinita, sin tener una sola queja que dirigirle, despues de una ausencia de mas de un año, precisamente cuando le hizo la revelacion de su estado, abandonándola, dejando sola á la

infeliz en medio de tan terribles angustias, como tuvo que pasar hasta dar á luz á su hijo.

Y sin embargo ni una palabra dura salió de sus labios, ni una recriminacion por el pasado, solo la alegría del presente se reflejaba en su rostro hermoso, espresivo y radiante de felicidad.

Jaime rechazando sus caricias, murmuró...

—Vamos!... tú estas loca!... tú estas loca!...

—Ven; contempla á nuestro ángel!... todo se te parece. Tiene tus ojos, tu cabello, tu frente; hasta el lunar del tamaño de una peseta que tienes detrás de la oreja izquierda.

Y Rosa en su desvarío, cogió al niño en sus brazos y apartaba la gorrita para mostrar á Jorge aquel signo indudable de su paternidad.

El niño sin llorar, sin ponerse de mal humor como hacen casi todos cuando les quitan inopinadamente el sueño, sonrió á su madre, la tendió los bracitos y fué á buscar en su pecho el alimento deleitoso que apagaba su hambre y su sed.

—Nó; nó; le decia ella; no seas tragon; mira á tu padre; mírale!.. tiéndele los bracitos...

Y con rápida accion sin dejar tiempo siquiera á que Jaime se repusiera de su sorpresa le puso el niño sobre las rodillas, y ella cayó á sus piés, sosteniéndole y clavando en aquel hombre estoico una mirada de ternura que era todo un poema, en la que iba envuelta toda su alma, toda su fé, todas sus aspiraciones, y sus esperanzas mas queridas.

Jaime sostuvo unos momentos al niño, le acarició en la

barba, colocándole por sí mismo la gorrita que tenia medio caída y sin besarle se le devolvió á su madre.

—Toma!.. duérmele!.. duérmele!.. dijo.

—No es verdad que es muy hermoso?...

—Ciertamente que lo es; murmuró Jaime sonriendo; pero en este caso no se parecerá á mí!...

Y se levantó yendo á sentarse en el sofá segun su costumbre de otras veces.

Rosa volvió á dormir al niño, le dejó en su cuna y tomando una silla baja fué á sentarse á los piés de su amante, como lo hacia antes, igualmente que si no hubieran transcurrido tantos meses de ausencia, de abandono y olvido.

Aquel tiempo que fué para ella de amargura y de crueldades zozobras, desapareció de su mente como si no hubiera existido y le pareció que habia visto á su Jaime la noche anterior.

No hay nada mas magnánimo, mas generoso que el amor, todo lo perdona y basta para su satisfaccion una dulce mirada, una palabra cariñosa, una muestra por insignificante que sea de correspondencia y de afecto.

Rosa contó en pocas palabras á Jaime todo cuanto habia hecho desde que le vió la última vez, era tan sencilla su vida, tan igual, tan completamente uniforme, que no tenia variacion de ninguna especie y haciendo la descripcion de un dia hacia la de todos.

El por su parte estuvo mas expansivo que otras veces, habló á Rosa de su familia, le dijo quién era; pero la prohibió que por ningun pretesto, ni por motivo alguno el mas sagrado que fuese se presentara jamás en Huesca ni fuese á su casa á preguntar por él.

La informó de la guerra civil en que ardía España y de los grandes compromisos que con este motivo tenía su familia, lo que sería causa de que á veces no pudiera verla en un año ó mas; pero la dió palabra de que su hijo sería feliz, que se encargaba de su porvenir y que ella podía vivir completamente dichosa.

Habiendo admirado la jóven la belleza de un precioso anillo que llevaba Jaime, se le quitó, le puso en el dedo de ella y la dijo:

—Era de mi madre, guárdale, pues, en memoria del hermoso hijo que me has dado; pero júrame no deshacerte de él en ninguna ocasion.

—Ah! sí; yo te lo juro, exclamó Rosa enagenada de alegría; esta joya para mí tan preciosa no se apartará nunca de mí.

Era un magnífico brillante de gran valor encerrado en un cerco de oro esmaltado de negro.

Cuando ya cerca del amanecer se dispuso á marcharse, dejó encima de la mesa una bolsa repleta de monedas de oro.

—Si todavía tengo dinérol... le dijo ella. Ya ves, gasto tan poco!...

—No importa; cómprate alguna finca; asegura tu porvenir, quién sabe si con esta guerra yo tendré que emigrar y no me volverás á ver.

—Dios te protegerá; y yo rogaré por tí, como lo hago ya todos los dias; para que quiero yo dineroni fincas, si mis solas riquezas son tu cariño...

—¡Ea! adios! adios!... dijo Jaime rehusando siempre las caricias de su amada.

Un hombre de su clase no podia rehusar á su querida el dinero, le parecia que así pagaba su falta de consideracion, su despego, hácia la infeliz que solo tenia amor inmenso y abnegacion sin límites para con él.

Creia el insensato pagar el amor con un puñado de oro.

Ah! el amor que no se compra con todos los tesoros del mundo!...

El amor que nace al calor de una mirada, chispa misteriosa y sublime que enciende una hoguera en el corazon, un fuego inestinguible, que no puede apagar ni el hielo de la indiferencia, ni la mas cruel ausencia por larga y por inmotivada que sea.

Rosa apretó el anillo contra su corazon como recuerdo precioso, ignorando su valor, y dirigió una mirada indiferente y desdeñosa al bolso de monedas de oro que acababa de poner Jaime sobre la mesa.

Este se marchaba ya sin besar á su hijo; pero Rosa sacándole de la cuna se le presentó:

—Besa á tu hijo, exclamó; le falta esta consagracion.

—Está bautizado?... preguntó él.

—Sí; pero bajo el solo nombre de «Jaime» el infeliz no tiene padres conocidos!...

Y Rosa pronunció estas palabras con acento dolorido asomando una lágrima á sus ojos.

—No importa; ya los tendrá, es hijo del marqués de Nieblas, y tiene en el mundo un puesto reservado y un nombre distinguido.

Le besó en la frente y salió.

Poco despues mientras se oia á lo léjos el galepar de su



caballo, Rosa con su hijo en brazos arrodillada delante de la Virgen del Pilar exclamaba:

—Gracias!... madre mia! gracias por tanta dicha!... Has querido premiar mis largas horas de amargos sufrimientos, mi soledad parecida á la tuya virgen mia!... y me has hecho feliz!... Una sola hora de felicidad compensa pródigamente mis pasados martirios!

¡Con qué poco se contenta el verdadero amor!...



CAPITULO XXIX.

Caridad.

Jaime volvió desde aquella noche con alguna frecuencia á visitar á Rosa y á su hijo; pero de repente cesaron sus visitas, y casi al propio tiempo en aquellos pueblos empezó á sentirse el rumor de la guerra y la aproximacion á Huesca de las tropas de la reina y las de la faccion.

Rosa que habia sido visitada en sus enfermedades por el médico y por el cura del pueblo, estando buena no los veia, ni trataba absolutamente á nadie.

La circunstancia de tener su casa salida al campo hacia que se sirviese de ella para ir á misa al amanecer encerrándose despues en su cuarto de donde no acostumbraba nunca á salir.

Las solas personas que trataba eran una pobre muger que la asistia, la compraba todo lo necesario y se iba algunos ratos con ella.

Vivian tabique por medio.

La tia Gervasia que así se llamaba aquella muger, tenia un hijo, á quien le tocó la suerte de soldado en ocasion en que todavía vivia su padre; con este motivo la afliccion de la pobre madre fué inmensa, por que su marido aunque jóven todavía estaba bastante enfermo y presentia que le iba muy pronto á perder.

Rosa habló de esta desgracia á Jaime, le encareció los buenos servicios de aquella honrada familia para con ella y le pidió permiso para comprarle un hombre con sus ahorros, que apenas llegarían á la cantidad necesaria.

Pero Jaime, la entregó íntegros los ocho mil reales, y con este motivo, la tia Gervasia y su hijo adoraban en ella. El padre murió á poco manteniéndose los pobres con el jornal del muchacho que tenia un carrito con una mula y se dedicaba á portear efectos, granos y otras cosas desde un punto á otro, ganándose de este modo la subsistencia.

Habian pasado algunos meses sin ver á Jaime y Rosa se moria de angustia y de dolor.

En vano pasaba las noches junto á la ventana engañándose muchas veces con el viento que imitaba en su ruido el galopar de un caballo, en vano dirigia sus súplicas á la Virgen del Pilar y no solo á la vírgen, si no al Santo Cristo, y á la Magdalena arrepentida, rogaba á todos, y llorando y desesperada pedia á Dios verle solo un momento y morir, despues.

Eran intolerables ya sus agonías.

La tia Gervasia entró al anochecer del dia 24 de mayo, diciendo que su hijo se habia vuelto por no poder penetrar en Huesca, que junto á la ermita de San Gorge habia una horrorosa batalla entre cristinos y facciosos en la que mo-

rian los hombres á centenares, y que no iba á quedar en pié ni una sola casa de Huesca por que estaba ardiendo la ciudad por todos cuatro costados.

Esta noticia contada y comentada de la manera que se propagan las cosas en los pueblos, alarmó sobre manera á Rosa que creia con mucha razon comprometido á Jaime en aquella batalla y le suponía ya muerto ó herido.

—Ah! yo quiero verle!... decia en el parasismo de su dolor, es imposible que yo pueda permanecer inactiva cuando él derrama su sangre, cuando necesita quizá para salvarse la fuerza de un brazo generoso que le defienda y le ayude.

¡Ah! yo tendré valor bastante para oponer mi pecho á las balas; para servirle de escudo! Aunque me lo tiene prohibido, yo no puedo permanecer aquí, necesito ir á Huesca, y por lo menos adquirir noticias suyas; entonces me volveré con entera tranquilidad si está en salvo, y si está herido le cuidaré, diré que por caridad voy á asistir á los enfermos, y si está muerto... pero ah! nó, nó, es imposible que muera; yo no puedo soportar esta idea.

Y desolada, medio loca, corrió á casa de la tía Gervasia gritando:

—Tomás!... Tomás; ¿tienes tú algun interés por mí? Si yo te pidiera un favor me le harías?...

—Señora; usted puede disponer de mi alma y de mi vida; dijo el honrado muchacho, que no olvidaba nunca el favor que habia recibido.

—Pues bien; engancha la mula al carrito y vámonos á Huesca: dijo Rosa.

—Eso no puede ser; peligraría entonces la vida de usted que aprecio en mas que la mia.

—No lo creas. ¿Quién se ha de ensañar con una pobre mujer y con un aldeano?

—Pero una bala perdida puede alcanzarnos.

—¿Tienes miedo, Tomás?... ¿Temes por tu vida?...

—Nó, señora, nó; mi vida es de usted... dijo él.

—Temes acaso que te maten la mula? yo te compraré otra...

—Ea! señora, andando, pues. Si á ese terreno llevamos las cosas, no tengo nada que decir; mi temor es por usted; con defenderla, pues, hasta verter mi última gota de sangre he concluido, y he pagado mi deuda de gratitud.

—Pues, vamos pronto.

—Andando, señora; voy á enganchar.

Rosa fué á decir á la tia Gervasia esta resolucion y encargarla que cuidase de su hijo hasta su regreso.

—El pobre corderillo duerme como un ángel; cúidemele usted, tia Gervasia; si se despierta, allí tiene leche y vizcochos, déselos usted, es un tragoncillo, y desde que le quité el pecho tiene un apetito voraz; la decia Rosa sin escuchar sus observaciones, ciega ya de impaciencia y ayudando ella misma á Tomás para que engancharse mas pronto.

A todo esto eran mas de las ocho de la noche, y Moralejo estaba á dos leguas largas de Huesca, por muy mal camino; pero hacia luna y la noche estaba apacible y serena, mientras que en la tierra se agitaban los hombres en fratricida guerra matándose los unos á los otros, por cuestiones de partido, de amor propio las mas veces, y de lo que no habia de resultar beneficio alguno á la mayoría de los que allí vertian su sangre generosa.

Ni el mas pequeño temor asaltó el ánimo resuelto de

Rosa, se colocó de un salto en el carrito, y tomando las bridas se lanzó á escape atravesando trigos y barrancos sin mas afan que el de llegar pronto á Huesca.

A las once de la noche estaban junto á la ermita de San Jorge, pero era imposible pasar.

El campo estaba sembrado de cadáveres. Por todas partes se veian los restos de la inhumana guerra; ofreciendo un aspecto desolador aquellos inmensos montones de hombres y de caballos muertos, de cañones, de cascos, de pedazos de metralla, de armas rotas, de miembros separados de sus cuerpos.

Rosa á la luz de la luna tendió una mirada sobre aquel campo de horror, y se estremeció. Por aquella parte reinaba un silencio sepulcral, solo se oia á lo léjos, en los muros de la ciudad, el «quién vive» del centinela carlista, que como vencedores mandaban en jefe aquella noche en la ciudad.

Rosa se apeó del carrito y fué á sentarse tristemente entre las yerbas de un matorral.

No sabia qué partido tomar; estaba indecisa si esperar á la mañana ó volver atrás, porque era imposible que les permitieran entrar á aquellas horas en la ciudad.

—De quién ha sido la victoria? Lo sabes tú? preguntó Rosa á Tomás.

—De quién ha de ser, de esos bandoleros de facciosos que quieren imponernos á la fuerza su rey, exclamó Tomás con cierto iracundo coraje.

—Bravo!... valiente!... bravo!... exclamó una débil voz que resonó á espaldas de los dos jóvenes.

Estos se levantaron asustados.

—Aquí hay alguno de las tropas de la reina, dijo Tomás acercándose á un cuerpo que se movía y que pugnaba por incorporarse agarrándose á las ramas del matorral.

—Ánimo, camarada, aquí estamos para socorrer á usted, le dijeron los dos acercándose.

—Sí; pero no me lleveis á Huesca si ha vencido Don Carlos, porque soy un oficial de las tropas de la reina y me fusilarán.

Al decir esto haciendo un gran esfuerzo cayó exánime en los brazos de Rosa y de Tomás.

—Y qué hacemos con este infeliz? dijo Tomás.

—Nada; llevádnosle á casa; vamos á colocarle en el carro y allí escondido sin que nadie lo sepa le curaremos; precisamente el cirujano es un partidario acérrimo de Isabel II y me ayudará á salvarle.

—Andando, pues; ayúdeme usted y le subiremos.

—Entre los dos le subieron al carro; pero Rosa dijo:

—Yo no puedo marcharme sin tener noticias de Jaime; vás á ir á su casa y tú me las traerás.

—Con mucho gusto: ya puede usted mandar.

—Yo ignoro á qué partido pertenece Jaime; pero de todos modos está complicado en la lucha, y necesito saber qué le ha sucedido.

—Toma!... si usted me hubiera dicho á lo que veníamos aquí, ya le hubiera yo dado noticias; exclamó Tomás, porque precisamente don Jaime, el marquesito de Nieblas, se ha cruzado conmigo esta tarde en el camino, y al anochechar iba con tres señoras, en un carruaje.

—Es cierto? no te has engañado?

—Qué me he de engañar!... si le conozco mejor que á

usted. Precisamente el postillon que llevan es primo mio; se le cayó la fusta, yo se la alcancé y le dije: ¿dónde vás? á Francia!... me contestó, y emprendió á galope otra vez el camino adelante.

Rosa se quedó pensativa.

Nunca hasta entonces habia tenido ocasion de hablar con Tomás de Jaime; animada ya con esta primera confianza, le preguntó:

—Y sabes tú á qué partido pertenece?

—Toma!... eso lo sabe todo el mundo; el marqués de Nieblas y sus hijos son partidarios acérrimos de Don Carlos; están, pues, de enhorabuena.

Rosa pensó entonces que llevaba un enemigo á su casa; pero no vaciló mas que un instante, los sentimientos generosos prevalecieron en ella, creyó dotado de las mismas ideas á su amante, le revistió su imaginacion con el fuego de la suya suponiéndole el mas noble y el mas caballero de todos todos los hombres, y se resolvió.

—Adelante, pues; dijo á Tomás, subiendo al carro y haciendo tomar al herido una postura cómoda.

Aquel oficial era Leon, el esposo de Tula.

La caridad de Rosa le salvaba.

CAPITULO XXX.

Los ángeles.

Dejemos trascurrir algunos meses, durante los cuales siguió en España cada vez mas terrible y encarnizada la fratricida guerra, y vamos á trasladarnos á las inmediaciones de Bayona, á una bonita, pero aislada casa de campo, donde la marquesa del Cinca y sus hijas establecieron su residencia.

Muy lindo era el hotel, que Tula no agradándole vivir en casa ajena, habia comprado en propiedad, haciendo Jaime los oficios de mayordomo porque no quisieron quedarse con ningun criado del país, y en los franceses tenia poca confianza.

Estaba el edificio que figuraba una torre feudal, situado en el centro de un jardin. Subian á él por una espaciosa y ancha gradería, y se encontraba en el primer piso un saloncito de recibir, amueblado con mucho gusto y lleno de primores y de obras de arte, un comedor espacioso, otra salitada de labor y la cocina.

En el piso segundo estaban los dormitorios de las tres señoras, que eran tres salones independientes con pieza de tocador y cuarto de baño cada uno. En el de Tula habia además un cuartito para Juana, única doncella de la que no quiso separarse.

En el tercero tenia Jaime su habitacion, y el cuarto le ocupaban los criados.

El dia en que volvemos á encontrar á estas señoras, era una lluviosa tarde de invierno, habian pasado siete meses de la batalla de Huesca, y aun las dos jóvenes vestian de riguroso luto.

Habian guardado en el país el incógnito mas riguroso, no se trataban con nadie de las poquísimas casas que en aquella estacion estaban habitadas, de manera que no tenian visitas, ni en el país se conocia su verdadero nombre.

Su servidumbre estaba reducida á una cocinera inglesa que no entendia una palabra de francés ni de español, y á un cochero aleman, que tampoco conocia mas idioma que el suyo, y que hacia á la vez los oficios de ayuda de cámara y de cochero.

El carruage que tenian era modestísimo, con dos caballos, solamente, y que apenas usaban las señoras que no salian casi nunca de casa.

Jaime era el único que solia ir con frecuencia á Bayona y le llevaba, ó á la frontera á recibir noticias de España.

Isabel habia tenido una niña y Tula un niño, que se empeñaron ambas en lactar por sí mismas, mientras pudieran vivir en aquella soledad guardando el mas profundo secreto.

Jaime estaba trasformado, parecia otro hombre, de ar-

rebatado y brusco que antes era, se habia vuelto solícito y cariñoso, no se apartaba de Tula y acariciaba sin cesar á su hijo.

¿Era esto finjimiento, ó estaba enamorado profundamente de ella y habia sufrido su ser tan completa trasformacion?... En el tercero tenia Jaime su habitacion y el

Ambas cosas podian suceder. ocupaban los criados.

Pero Tula no le amaba; seguia siempre sintiendo hácia él la misma instintiva repulsion. La creia infundada porque no habia hombre mas atento, mas fino, mas leal para ella, ni mas lleno de noble abnegacion. rigurosos hijos.

Jamás la dijo una palabra de amor, se limitaba á consolarla cuando lloraba á Leon, envidiando la suerte que habia tenido muriendo, porque así ocupaba un lugar tan constante en sus recuerdos y en su corazon. eran visitas.

En una palabra; tenia celos, celos ardentísimos del muerto. que no estaba una palabra de francés ni de español.

En cuanto á Isabel tenia plena seguridad de la muerte de Diego, porque la señora María la escribió diferentes veces y la habia contado su horrible desgracia, manifestando deseos de ir á pasar á su lado los escasos dias que la quedaban de vida; pero Isabel la disuadió de esta idea, participándola su pensamiento de retirarse á un convento así que concluyese de lactar á su niña, á la que en memoria de su abuela y de su madre habia puesto por nombre María Isabel. Isabel habia tenido una hija y ella una abuela y una tía.

Con la muerte de aquel hombre adorado, se habian roto todos los lazos que la ligaban al mundo. Pues aunque tenia su hija las circunstancias de su casamiento, la impedian presentarla como tal, y que su abuelo nunca la hu-

quiera reconocido, ni hubiera sancionado un casamiento casi ilegal, y muy difícil de probar, porque en la batalla habían muerto no solo el marido, sino los testigos, y el capellán que los casó, habiendo desaparecido los libros y documentos que pudieran dar fé. En igual caso se encontraba Tula. Sus hijos no tenían nombre.

Esta desgracia afectaba mucho á las dos hermanas que temían el momento en que terminada la guerra tuvieran que trasladarse á España, ó que su padre fuese á reunirse con ellas y descubriese su fatal secreto y la existencia de los niños, que solo Jaime conocía.

La tarde á que me refiero era triste y lluviosa como lo son todas en Francia.

En el saloncito del primer piso estaban Isabel con su niña en brazos, y Tula enfrente, dibujando. Se ocupaba en hacer el retrato de las dos.

La marquesa, junto á la chimenea, tenía cerca de sí el niño de Tula que dormía en su cuna, y se entretenía en hacer gorritos de punto de aguja, mientras le contemplaba con entusiasmo maternal.

—En cuanto se despierte, mamá, ya no puedo dibujar; porque ese querido bribonzuelo me conoce y en viéndome ú oyendo mi voz no hay quien le calle.

—Qué hermosísimo está!... duerme, el sueño de los ángeles; exclamó la anciana.

—Pues no se qué digamos de María Isabel; es el vivo retrato de su madre, la misma forma de cara, rubia, con esos ojos azules, de un azul purísimo, de mirada melancólica y serena, ¡ay! que no pudiera yo trasladar al dibujo el color de sus ojos!...

—Haz nuestros retratos al óleo, dijo Isabel.

—Ya probaremos, tambien, aunque es una obra tan pesada; pero tengo que retratar á los dos niños juntos y creo que será mejor así, que no al lapiz.

—Aurelio se parece todo á Leon, es la semejanza exactisima, cuando sea hombre y le retrates se confundirán los retratos no sabiendo cuál es el de él ni cual el del padre; dijo Isabel.

—Sí; tienes razon, hermana mia; cada dia que pasa se va pareciendo mas, y va aumentando mi tristeza porque veo sin padre, sin posicion y sin nombre á estos queridos ángeles.

Las lágrimas asomaron á los ojos de Tula que antes tan risueña y alegre se habia tornado melancólica y grave desde que tenia aquel peso sobre su alma.

—Pobres ángeles!... pobres ángeles!... murmuró la anciana marquesa llorando tambien.

Un carruaje se detuvo á la puerta del hotel y apeándose un caballero entró sin anunciarse en el salon. Era Jaime.

CAPITULO XXXI.

Contrato matrimonial.

—Todavía llorando?... cuándo veré desterradas las lágrimas de esta casa?... exclamó Jaime dejando el abrigo sobre una silla y acercándose á la ventana en que estaba Tula dibujando.

—Cada día que pasa es mayor la angustia que siento, amigo mio; le dijo Tula, la suerte de estos niños me preocupa mucho y eso es lo que nos arranca lágrimas muy amargas.

—Ah! si V. no fuera tan indiferente, tan ingrata para mí, aun podria salvarse; pero V. no me ama y mi proyecto se estrella ante esa triste fatalidad.

Tula le miró.

Esta mirada investigadora y tenaz que pretendia escudriñar hasta el fondo de la conciencia tenebrosa de Jaime le hizo estremecer; bajó los ojos subyugado por el magnetismo de aquella mirada y se estremeció. Él acostum-

brado á dominar temblaba ante Tula, no se sentia con fuerzas para abatir la orgullosa naturaleza de la jóven, y se humillaba haciéndose esclavo.

Delante de Tula no tenia voluntad.

—Y diga V. ¿podríamos saber que proyecto es ese?

—Si V. lo quiere lo sabrá.

—Con el que puedan salvarse los dos niños, y sin dejar Aurelio de ser mi hijo, sin separarse de mí puedan tener una posicion y un nombre?...

Tula le miraba fascinándole con la luz ardientísima de sus magníficos ojos negros.

—Todo eso se puede conseguir; afirmó Jaime con seguridad.

Tula gritó á su hermana que habia ido á llevar la niña á la cuna y volvia sin ella.

—Querida Isabel, ven aquí, Jaime tiene un proyecto con el que se salvan nuestros hijos y nosotras tambien.

—Oh! eso es magnífico!... exclamó Isabel acercándose; pero contad siempre con que mi resolucion es inquebrantable, y yo me retiro á un convento en cuanto deje asegurado el porvenir de mi hija.

—Ya entra esa condicion en mi proyecto.

La marquesa que los miraba con estrañeza se levantó llena de curiosidad y se acercó á ellos.

Las tres señoras y Jaime formaban un grupo.

Las cuatro cabezas casi se confundian.

Ellas esperaban con ansiedad la revelacion.

Él temblaba y como si sus palabras hubieran de ser mal recibidas, vacilaba, mirando á una y á otra señora que estaban pendientes de sus labios sin atreverse á decir nada.

Por fin se decidió á romper aquel penoso silencio.

—Vdes. saben mi afecto invariable, mejor dicho, mi profundo é inestinguible amor por Tula desde que vino de los Estados-Unidos y yo la conocí.

Nuestro casamiento ha debido llevarse á cabo hace tiempo habiéndolo impedido los acontecimientos y sobre todo el amor que Tula profesaba á un hombre que ya no existe.

Jaime se detuvo respirando con dificultad.

A este recuerdo el espresivo semblante de Tula se revistió de dolor.

Jaime continuó:

—No es mi ánimo abrir las mal cerradas llagas; busco la solución de un problema, busco el remedio para un mal; perdóneme V. pues, si mis palabras renuevan su dolor.

—Adelante; dijo Tula enjugando una lágrima que corrió á lo largo de su mejila.

—Al morir este hombre á quien V. amaba tuvo bastante confianza en mi caballerosidad y en mi honradez, apesar de nuestras diferentes opiniones políticas, para confiarme la suerte de su mujer y de su hijo.

Una carta escrita sobre el tambor de un soldado en los últimos momentos de su agonía espresó su voluntad; yo respetuoso y fiel amigo siempre, y caballero ante todo, presenté mis credenciales y esperé la resolución de V.

Han pasado siete meses; yo abandoné la santa causa que defendía; he dejado mi patria en peligro, mi anciano padre solo, con el amargo dolor de haber perdido á su otro hijo, he dejado otras afecciones muy caras á mi corazón, y he permanecido constantemente al lado de V. He sido el

padre de sus hijos, teniéndolos en la pila bautismal, y mis labios no se han abierto para recordar á la noble viuda que podia encontrar en mí un nuevo esposo, un padre legítimo para su hijo.

Tula bajó la cabeza; el peso de estas razones la anonadaba.

—Tiene razon Jaime; exclamó la marquesa. Ha sido muy bueno para nosotras y le debemos una profunda gratitud.

—Y bien, concluya V; dijo Isabel con ansiedad.

Tula adivinaba ya la solucion del problema.

—Si Tula me amase lo bastante para ser mi esposa esos niños serian nuestros hijos.

—Ah! magnífico plan!... exclamó Isabel.

—Por mi parte aprobado; dijo la anciana marquesa, es la única solucion: ¿pero cómo podria hacerlos pasar por hijos, si han nacido antes del casamiento?...

—Muy sencillo; estos niños, pueden pasar por gemelos, y aunque no, nos vamos á Nueva-York, pasamos tres ó cuatro años y volvemos con nuestros hijos sin que nadie se cuide de averiguar cuando han nacido, ni si tienen algunos meses mas ó menos. Pero para esto ya he dicho se necesita que Tula me ame.

Jaime la miraba con profunda angustia.

—Oh! querido Jaime!... decia Isabel; es demasiada generosidad en V. cargar así con dos hijos, aun cuando yo cedo á mi hermana todos mis derechos y cuanto pueda corresponderme de la casa paterna siempre es una responsabilidad para ustedes y yo no sé si Tula se decidirá á ese sacrificio. Véala V. se ha quedado muy pensativa... vacila...

—En cuanto á la cuestion financiera, no hay nada que hablar querida Isabel, dijo Tula; yo no vacilo en hacer participe á tu hija de mis riquezas, aquí lo que hay que arreglar es la cuestion de simpatias; yo no puedo engañar á V. Jaime, cuando tan noblemente se porta conmigo.

Los tres tenian clavados los ojos en Tula.

—Al hacer V. tan enorme sacrificio, entrando al matrimonio con la carga de dos hijos que no son suyos, tiene derecho á una recompensa adecuada á su sacrificio, y esa recompensa no puede ser otra que mi corazon, mi amor correspondiendo al suyo, y el corazon no se manda ni el amor se impone...

—Yo ya sé que no me ama V... murmuró tristemente Jaime.

—Es verdad; no debo corresponder á su nobleza con una mentira indigna, de que no me siento capaz.

—Y bien, hija mia, dijo la marquesa, el amor no se impone de repente; pero va infiltrándose poco á poco en las almas; es como la gota de agua que orada la piedra y se abre paso al fin.

—Eso no es cierto madre mia; tambien hay peñascos en el mar que viven siglos infinitos sin que puedan destruirlos ni cortarlos el furor de las olas embravecidas.

—Sí; pero antes le aborrecias y hoy ya le estimas; se aventuró á decir Isabel tímidamente.

—Le estimo como amigo, como hermano; pero de esto al amor hay una gran diferencia y yo no puedo, ni debo admitir su mano y su noble sacrificio bajo la base de una esperanza insegura; dijo Tula con resolucion.

—De manera que está rechazado el proyecto?... preguntó él con ansiedad.

—Como cuestion de simpatias sí señor, yo no puedo obligarme á profesar á V. lo que no está en mi naturaleza sentir; como contrato de conveniencia, si V. tiene alguna otra condicion que nivele el peso quizá podamos arreglarlo todavía; sin perjuicio de dejar al tiempo consolidar nuestro afecto fraternal ó transformarlo en amor.

—Tengo, pues, una condicion; dijo Jaime.

—Veámosla.

Viendo que vacilaba, Isabel y la marquesa le instaron.

—Ah! por piedad; imponga V. algun sacrificio á Tula que pueda nivelar los que V. hace por nuestros hijos, dijo Isabel, de otro modo no admitirá; yo la conozco.

—Yo tengo un hijo de dos años, próximamente, un hijo natural cuya madre no existe.

—Y bien, se apresuró á decir Tula, yo seré su madre como V. será padre del mio.

—Pero es mayor que estos y tiene que ser el primogénito; el marquesado de Nieblas que me corresponde á la muerte de mi padre recaerá en él; repuso Jaime midiendo por la suya el alma generosa de Tula que exclamó sin vacilar:

—Nada mas justo; en cambio V. trae un hijo al matrimonio y acepta dos.

—Lo que importa es legitimar los niños y los tres están en el mismo caso; añadió la marquesa.

—Eso es lo esencial; dijo Isabel animada ya, porque veía un medio de avenencia.

—Entonces podré esperar una solucion favorable á mis deseos?... preguntó Jaime.

—Por mi parte, ya con esa nueva condicion estoy pronta á firmar ese contrato de mútua conveniencia; yo seré la esposa de V.! tendremos tres hijos; le doy mi palabra de que no le faltaré jamás, de que honraré su nombre; pero no me pida V. amor si mi corazon no le siente.

—Me basta con eso; yo sabré conquistármele.

—Convenidos, pues; dijo Tula.

—Ah! gracias! hermana mia!... ahora soy feliz; y puedo tranquila consagrar á Dios mis dias, siguiendo la vocacion que siempre he tenido; dijo Isabel.

—Me congratulo por estę desenlace: una solucion favorable á deseos?... preguntó Jaime.

—Por mi parte, ya con esa nueva condicion estoy pronta á firmar ese contrato de mútua conveniencia; yo seré la esposa de V.! tendremos tres hijos; le doy mi palabra de que no le faltaré jamás, de que honraré su nombre; pero no me pida V. amor si mi corazon no le siente.

—Me basta con eso; yo sabré conquistármele.

—Convenidos, pues; dijo Tula.

—Ah! gracias! hermana mia!... ahora soy feliz; y puedo tranquila consagrar á Dios mis dias, siguiendo la vocacion que siempre he tenido; dijo Isabel.

—Me congratulo por este desenlace; añadió la marquesa; falta el consentimiento paterno para la boda de Tula para la profesion de Isabel.

—De eso me encargo yo; esta noche partiré para Huesca; volveré lo antes posible y realizaremos ambas cosas partiendo enseguida para Nueva-York, donde debemos pasar tres ó cuatro años si hemos de llevar á cabo nuestro plan con toda perfeccion y seguridad.

Las dos hermanas comprendieron que cambiaba la

CAPITULO XXXII.

La hermana de la Caridad.

Vamos en un instante y con el solo poder del pensamiento á trasladarnos desde las inmediaciones de Bayona á Moralejo.

Rosa cuyos sentimientos nobles y generosos son ya conocidos de nuestros lectores, se habia convertido en enfermera y pasaba las noches y los dias junto al lecho de dolor, donde Leon estaba postrado hacia mas de tres meses.

No fué su herida una cosa insignificante, sino muy grave, que puso en gran peligro su vida y en no menos compromiso á Rosa que le escondió en su casa cuando los carlistas estaban envalentonados con los repetidos triunfos que alcanzaron no solo en Huesca, sino en Barbastro y otras partes, imaginándose suyo el mundo entero y teniendo con este motivo muy atemorizado al pais.

Rosa sin embargo tenia la conciencia de que obraba bien y seguia impertérrita en su obra de caridad, ansiando

el momento en que Jaime llegase para hacerle saber aquella accion heróica y digna que no podria menos de aprobar facilitando los medios para que Leon saliera salvo y sano de su casa.

Tal en su sencilla inocencia se lo figuraba la infeliz que no podia juzgar á su amante capaz de ningun desig- nio culpable, revistiéndole su amorosa pasion con todas las cualidades mas nobles que deben adornar á un caba- llero.

Aun que ya convaleciente Leon, no se habia aun ente- rado de la posicion de su solícita enfermera y ni sabia como habia sido llevado á aquella casa, donde se le asistia tan perfectamente.

Rosa y Tomás se relevaban á su cabecera, no faltando uno de ellos ni de dia ni de noche en su puesto de honor.

Ocupaba el herido una salita contigua á aquella en que hemos visto á Rosa esperando á su amante, tenia tambien una reja al campo, por la que penetraban los últimos rayos del sol poniente.

Leon se habia levantado por primera vez despues de tres meses de cama, y casi en los brazos de Tomás habia ido á sentarse en un sofá, donde Rosa se apresuró á colocar las almohadas de la cama, poniendo una sillita baja para que descansasen los piés del enfermo, que no podia colocar en el sofá porque su aventajada estatura sobresalia de los limites de este.

—Ah! qué buenos!... cuánto tengo que agradecer á ustedes!... con qué les pagaré tanta bondad! dijo Leon.

—No lo hubiera usted hecho tambien en igual caso? preguntó Rosa.

—Sí; pero estos cuidados minuciosos de la hermana de la caridad son propios de las señoras. Y dime Tomás, averiguaste en Huesca lo que te encargué? repuso Leon, aprovechando un momento en que Rosa salió de la estancia.

—Sí señor; pero como ha estado usted tan delicado no quise decirle nada hasta que su salud le permitiese sufrir alguna emoción.

—Y bien: que te dijeron en casa del marqués?

—Que la señora marquesa y sus hijas están en el extranjero hace tres meses, desde el día de la batalla, y el marqués va con D. Carlos; no pude averiguar el punto de residencia, ni la manera de dirigir las cartas á la señorita Tula, porque los criados lo ignoran.

—Muy bien amigo Tomás, muchas gracias; contestó Leon quedándose profundamente pensativo.

Luego alzando la cabeza preguntó de nuevo:

—Y de casa de don Diego Espinosa, qué sabes?

—Que don Diego murió el día de la batalla delante del palacio episcopal, batiéndose con don Rodrigo el hijo menor del marqués de Nieblas, que falleció también á consecuencia de sus heridas.

—Infeliz!... murmuró Leon; que breve fué la dicha para él!...

—Quiere usted tomar una naranjada ó el refresco de frambuesas que tanto le gusta?... dijo Rosa apareciendo en la sala con dos vasos en una bandeja.

—Lo que usted quiera, ambas cosas me son gratas, porque tengo una sed abrasadora.

Rosa estaba delante de Leon; éste continuó preguntando á Tomás:

—Y de Jaime, el pérfido hijo del marqués de Nieblas, no has podido averiguar nada?

Los vasos cayeron súbitamente de las manos de Rosa, siendo acometida la jóven de un temblor nervioso.

Leon la miró y encontró su rostro completamente demudado. Le miraba con fijeza, con ira, no dijo palabra pero su mirada tenia mil reproches.

Tomás colocado detrás de Rosa hizo un signo á Leon para que callase; luego se puso á recoger los pedazos de los vasos que se habian roto, colocándolos en la bandeja que tambien habia rodado por el suelo.

—Señora, dijo Leon, no puedo explicarme...

—No ha sido nada... perdone V. añadió Rosa; un momento de distraccion me ha hecho cometer una torpeza...

Quería serenarse; pero la palabra «pérfido» dirigida al hombre que amaba por el que habia recibido de ella tan gran beneficio resonaba en su oido como el eco lejano de una maldicion.

De repente se le representó su imprudencia, su ciega confianza, en admitir un enemigo en su casa, que podia encontrarse con Jaime y perderse quizá los dos.

Los gritos agudos del niño resonaron en la pieza inmediata, y Rosa deseando reflexionar á solas sobre su comprometida situacion echó á correr diciendo, sin pensar que habia ocultado á Leon la existencia de aquella criatura:

—Ah! voy... que llora mi niño!...

—Pero esta mujer quién es?... gritó Leon agarrando á Tomás del cuello de la chaqueta y aproximándole hácia sí para hablarle al oido.

—Silencio!... por Dios!... murmuró el jóven aragonés;

he creído por un momento que iba V. á comprometerse hablando de don Jaime.

—Pero qué tiene que ver aquí ese bribon?...

—Chist!... esta casa es suya, Rosa es su querida...

—Y ese niño...

—Es su hijo!...

—Ah! exclamó Leon incorporándose vivamente como movido por un resorte; Tomás, tú le quieres?...

—A don Jaime?... Nó, señor; es un carlista y yo soy liberal; disponga V. de mí, que en cuerpo y alma soy suyo!... contestó Tomás.

—Bien, bravo Tomás!... muy bien; eres todo un hombre de corazon.

Leon se habia sentado en el sofá y dirigia en torno suyo miradas recelosas alarmándose porque no vió cerca sus armas.

—Dónde está mi uniforme y mis armas?...

—Aquí, véalo V.; en este armario lo tengo todo guardado, dijo Tomas abriendo la puerta de un armario que estaba embutido en la pared.

—Está bien; escúchame:

Tomás bajó la cabeza hasta ponerla al nivel de los labios del capitan.

—Sabe don Jaime, que yo estoy aquí, y que su querida me ha salvado la vida?...

—Nó, señor; desde antes de la batalla de Huesca no ha venido por aquí; crea V. que hace muy desgraciada á esta pobre mujer que le adora y le cree poco menos que un Dios; pero puede llegar de un momento á otro.

—A qué hora acostumbra á venir?

—Por la noche entre doce y una.

—De día no viene nunca?

—Jamás; él se figura sin duda que no se saben sus amores en el país y nadie los ignora; hace tres años que tiene aquí á esta pobre esclava que es una santa.

—Pues, bien Tomás; yo necesito salir esta noche entre diez y once, y que nadie se aperciba de mi marcha, lo entiendes?... Tú me acompañarás.

—Imposible, señor!... en el estado de V., cuando se levanta hoy por primera vez!...

—No hay remedio; si tú quieres seguirme serás un hermano para mí y yo recompensaré tu adhesion; si no quieres, llévame en tu carro hasta el punto en que se halle el ejército de la Reina.

—Con mil amores me iría con V. ¿pero y mi madre?

—Se queda con Rosa, y la mandaremos dinero todos los meses para que nada le falte.

—Me seduce la proposicion de V. y verdaderamente hoy estamos muy mal, no hay trabajo, por que con esta guerra está todo paralizado y casi no podemos comer; si no fuera por Rosa!...

El honrado muchacho suspiró con pesar.

—Nada, vente; que tu madre estará bien; prepáralo todo para esta noche, saca el carro fuera de la villa con cualquier pretexto y á las diez cuando todos duerman nos marchamos.

—No seria mejor dejarlo para cuando esté V. un poco mas fuertecillo?... repuso Tomás.

—Nó, hijo nó; cuanto antes salga es mejor, estoy en casa de mi mayor enemigo.

—Corriente, pues, mi capitán: voy á preparar la evasión; serviré á V. la cena y cuando menos lo piensen, zas... nos largamos.

—Pero chiton... dijo Leon poniéndose un dedo en la boca como para recomendar el silencio.

—De eso no hay que hablar.

Tomás hizo un signo de confianza que tranquilizó por completo al jóven oficial.

Y salió de la habitacion.

Era el mes de agosto; un calor excesivo se dejaba sentir en toda la casa y especialmente en el cuarto que habitaba Leon, que tenia las ventanas al poniente, pero aquel sitio era el mas solitario y muy apropósito para permanecer escondido sin que nadie se apercibiera de su presencia en casa de la reclusa, como llamaban en Moralejo á la pobre Rosa, que víctima de una pasión ciega se habia constituido en prisionera voluntaria, importándole muy poco el mundo y las gentes, por que su solo mundo, su vida entera y sus goces, estaban cifrados en el amor de Jaime.

Jaime á pesar de su conducta era su solo Dios sobre la tierra.

Esto lo comprendió Leon en seguida; subyugada Rosa por aquel amor no podia él confiar en el secreto que tanto necesitaba si queria salvar su vida, y desconfió de ella en el momento de descubrir aquel misterio que le reveló la casualidad.

Ya no tuvo mas pensamiento que abandonar aquella casa donde estaba vendido desde el momento en que Jaime conociera su estancia allí.

¡Y cómo abandonar á la generosa muger que le habia

salvado la vida, que le habia cuidado con tanto amor, con tanta solicitud, con tanto esmero!...

Esta idea atormentaba á Leon.

Rosa habia sido á su lado durante su gravísimo estado una hermana de la caridad, y en pago de su abnegacion tenia que abandonarla, sin decirle adios, sin informarla del justísimo motivo que le obligaba á proceder de aquella manera tan impropia de su carácter y de su noble corazón!...

Mil vueltas dió en su imaginacion este pensamiento que le atormentaba; pero no tuvo mas remedio que resignarse á parecer ingrato, malvado, todo cuanto quisiera creer la pobre Rosa que iba á recibir este horrible desengaño en pago de su caridad y de su buen corazón.

CAPITULO XXXIII.

Primera decepcion.

Rosa ignoraba quién era el hombre que habia llevado á su casa, al que salvó la vida y habia cuidado durante tres meses con el afectuoso interés de una hermana.

Sabia ciertamente que pertenecia al ejército de la Reina, pero no podia imaginarse que fuera enemigo personal de Jaime como lo demostraban las palabras insultantes y llenas de ódio que contra él habia pronunciado Leon.

En este grave conflicto se retiró á su cuarto á reflexionar dejando á Tomás el cuidado de asistirle durante la noche.

¡Cuántas reflexiones acudieron á su mente en su triste soledad!...

—Qué hacer! se decia; si esta noche viene Jaime ¿cómo le oculto que tengo aquí á este hombre?...

Y si se lo digo y son enemigos, si se aborrecen de muerte ¡qué conflicto tan atroz!... en qué compromiso los

pongo... y el pobre Leon tan bueno, tan cariñoso!... tan agradecido!... que será de él cuando empieza á convalecer de una herida tan peligrosa?...

Por que lo mejor que puede hacer Jaime es ponerle en la calle y eso por no atacar dentro de casa á un enemigo; pero es bastante para morirse estando tan delicado.

Ah! Dios mio!... todas las noches he esperado á Jaime con la mas viva ansiedad, y esta daría cualquier cosa por que no viniera!...

Vamos... si estoy temblando como si hubiera cometido un crimen!...

Y Rosa temblaba efectivamente y paseando por la sala se le pasó la noche, pidiendo á Dios y á la Virgen del Pilar que no se le ocurriera á Jaime parecer por allí hasta que Leon se hubiera marchado.

Pensó mil cosas diferentes, y desechó proyectos que creía al pronto admisibles y los hallaba despues absurdos.

Hizo propósito de confesar á Jaime todo en cuanto llegase, luego temblando por el peligro que correría Leon, se arrepentía de esta idea y aceptaba la contraria resuelta á ocultárselo.

Así pasó la noche, en esta incesante agitacion. Por fin, cerca ya del amanecer tuvo un pensamiento luminoso que acogió con júbilo.

—Sí, sí, exclamó; batiendo palmas como si tuviera cercana su salvacion; no se me habia ocurrido y es la cosa mas sencilla del mundo y lo mas natural; yo debo preguntar á ese hombre quién es; saber sus antecedentes, y los motivos de enemistad que tiene con Jaime; él no podrá menos de hablarme con franqueza y en este caso yo cor



responderé con otra igual esponiéndole el compromiso en que me hallo para que él resuelva lo que crea mas conveniente para el interés de todos.

Decidido, pues; ahora voy á descansar unas cuantas horas y á las ocho ó las nueve entraré á verle y empezaré á llevar á cabo este proyecto que me parece el mejor.

Rosa mas tranquila se acostó.

En tanto, Leon y Tomás, corrian por el camino de Zaragoza á incorporarse con el ejército de la Reina: se dirigieron luego á Madrid, mas bien al cuartel general de Cogolludo donde estaba el general Espartero en 28 de agosto de aquel año, despues de los sucesos de Pozuelo de Aravaca.

Su salud mejoró notablemente durante el camino y llegó por fin sano y salvo á incorporarse al ejército, pidiendo le destinasen por que su regimiento habia sido casi destruido ante los muros de Huesca.

Su honor de militar y de caballero le llamaba á cumplir con su deber, por mas que sus sentimientos de esposo y de padre le inclinasen á buscar á Tula, sabia que no estaba en España, y esto le tranquilizó; estaba contento por verla alejada de los peligros de la guerra y comprendió que las dos hermanas habian tomado aquella resolucion para dar á luz sus hijos, léjos de su pais y en el mas completo misterio.

En cuanto á Jaime le conservó un ódio á muerte prometiéndole volver un dia á buscarle, cuando la Reina no necesitase de su brazo. La desaparicion de la cartera donde tenia documentos tan interesantes y que revelaban su casamiento le inquietó mucho; pero no pudo imaginarse que

habría ido á las manos de Jaime que hizo de aquel descubrimiento tan infame uso.

La creyó perdida y en la imposibilidad de encontrarla se resignó no sin sozobra y sin que aquel pensamiento le atormentare mas de una vez.

Dejémosle seguir su destino y volvamos á Rosa que apenas durmió, levantándose mas temprano que de ordinario, con ánimo resuelto de llevar á cabo su plan.

Dejó durmiendo á su querido niño y fué al cuarto de Leon.

Contra la costumbre de siempre las ventanas estaban abiertas.

Rosa se asombró.

Entró en la alcoba.

La cama estaba intacta; Leon no se habia acostado.

Fué al armario, le abrió; el uniforme no estaba allí.

—Pues, señor!.. qué ha sucedido?... qué es esto?... exclamó caminando de sorpresa en sorpresa.

Entró en la corraliza y por la puerta del campo que encontró entornada salió y fué á llamar en casa de la tia Gervasia.

—Qué es esto?... exclamó la pobre mujer; ocurre algo?

—Qué ha de ocurrir, tia Gervasia?..... una cosa muy rara; el oficial herido que estamos cuidando hace tres meses con tanto esmero ha desaparecido, no está en su cuarto, ni en toda la casa.

—Habrá salido al campo á dar un paseo; el pobre despues de tanto tiempo tendrá gana de estirar las piernas; dijo la pobre mujer.

—Si no se ha acostado; la cama está hecha como la

dejé, y el uniforme ha desaparecido, también, y las armas... dónde está Tomás?

—Se marchó ayer tarde, casi al anochecer; me dijo que le había salido porte para Madrid y que no tuviese cuidado si en algunos meses no volvía.

—Y por qué no entró á despedirse de mí?...

—Eso es lo que yo no sé; dijo la tía Gervasia encogiéndose de hombros.

—Ah! los hombres!... los hombres!... ¡qué ingratos son!... exclamó Rosa con un grito de indignación, que la hizo subir los colores al rostro.

Volvió á su casa, se sentó muy pensativa junto á la cuna de su niño, única luz esplendorosa que brillaba en su triste y desolada existencia.

—Será, posible señor!... murmuraba dirigiendo al Santo Cristo sus ojos empapados en llanto. Será posible, que un hombre que ha recibido de mí tan gran beneficio, al que he tratado como á un hermano querido, apenas se ha sentido con fuerzas para poderse manejar, ha huido de mi casa, alejándose como un bandido en el silencio de la noche, sin decirme adios: sin darme siquiera una pequeña muestra de gratitud, de aprecio; siquiera de cortesía y de educación!...

Ah! qué cruel decepción!... y Tomás también, los dos han debido marcharse juntos, y me dejan, despreciándome como me desprecia todo el mundo... como me miran las muchachas del pueblo, que huyen de mí, como si tuviera la peste!...

No hay duda, se ha puesto bueno y se ha marchado sin creerse obligado á darme siquiera las gracias por que

le he devuelto la salud, le he salvado la vida y le he cuidado durante tres meses como si fuera mi propio hijo...

¡Qué desengaño!... Dios mio!... es posible que los hombres sean tan ingratos?...

En estas reflexiones abismada la pobre Rosa empezó á comprender, creyendo siempre que Leon despreciándola no la juzgó ni aun digna de su gratitud, que su estancia en aquel pueblo era mirada muy mal; se la consideraba como la querida de un gran señor y quizá su ejemplo era perjudicial, y altamente ofensivo para las costumbres.

Y en efecto no se engañaba; ya las gentes de Moralejo, honradísimas por lo general, empezaron á protestar, de aquel escándalo, aun cuando su conducta era intachable, y nadie habia visto todavía en el pueblo al hijo del marqués.

Tras esta cruel decepcion, cuántas otras y cuántas amarguras esperaban á la pobre Rosa en su aventurera existencia!...

CAPITULO XXXIV.

La noche buena.

Era el 24 de diciembre.

Pocas ó ninguna quizá son las familias que en este día dejan de celebrar en España la Noche Buena. Esta fiesta religiosa en un pueblo tan esencialmente católico como el nuestro forma época en las familias y es para los españoles un motivo de júbilo y de algazara.

Los ausentes vuelven en este día al hogar de sus padres acudiendo los hijos casados, los hermanos y los parientes á la cena tradicional de familia, y á cantar despues los villancicos entre el alegre ruido de las panderetas, de las zambombas y otros instrumentos pastoriles.

Rosa mas triste y mas acongojada que nunca, estaba en esta célebre noche, sola como siempre. Hacia casi un año que no veia á Jaime, y su vida era una continuada série de no interrumpidos tormentos.

Habia procurado informarse apesar de que Jaime solo tenia prohibido y sabia que éste se hallaba en el extranjero.

De manera que pasaba su vida entregada á los cuidados de su niño que era ya grandecito, y corria y jugaba por toda la casa, compensando con sus caricias á la pobre madre de las infinitas amargas que sufría.

La noche á que me refiero era sumamente triste para ella, se acordaba de su casa, de sus padres que rodeados de todos los criados celebrarían la noche buena sin acordarse quizá de la que habia sido ingrata con ellos abandonándolos por seguir á un hombre que lejos de corresponder á su cariño y á su inmenso sacrificio, la dejaba abandonada años enteros sin darla una pequeña muestra de su afecto, sin dignarse siquiera escribirla dos letras ni hacerla saber su paradero.

En este dia todas las familias cambiaban regalos haciéndose cariñosos presentes que demostraban su mútuo afecto y la pobre Rosa no tenia ninguno, ni recibia de nadie el menor agasajo.

Únicamente la tia Gervasia entró al anochecer llevándola su aguinaldo, consistente en algunas tortas y frutas del país, y una pandereta para el pequeño Jaime que éste recibió con muestras del mas vivo júbilo.

Ante esta sencilla muestra de afecto asomaron las lágrimas á los ojos de Rosa.

—V. me quiere mucho, no es verdad, tia Gervasia? exclamó la jóven abrazando á la anciana.

—¡Ay! hija mia! con todo mi corazon; contestó la anciana, y te tengo mucha lástima, añadió atreviéndose á

llamarla de tú por la primera vez, conmovida sin duda al sentir sobre su pecho la cabeza de la jóven que exhalaba desgarradores sollozos.

—Bien me la puede V. tener, tia Gervasia; sin embargo yo seria muy feliz si Jaime viniese; si yo le viera con mas frecuencia. Su cariño y el de mi hijo me compensarian sobradamente de esta vida solitaria que hago.

—Si fuera solo solitaria!... pero en el pueblo se murmura tanto de tí! yo no sé como acallar la maledicencia que se ceba en tu desgracia, por que desventura y bien grande es la que tú tienes.

—Sí; lo es; y crea V. tia Gervasia, que si no fuera por mi hijo yo hubiera deseado muchas veces morir!..... Ah! cuánto me acuerdo de mi casa, de mis padres, de mi honrada existencia cuando todos los pastores y criados de mi casa acudian á mí tributándome sus respetuosas manifestaciones de afecto. Sobre todo en esta noche, cuántos corderillos me llevaban!... qué de tortas, y frutas, y qué de ricos presentes cambiábamos en señal de amistad, con los vecinos de las aldeas inmediatas!.. Y ahora qué diferencia! nadie se acuerda de mí, nadie me visita, ni yo puedo entrar en ninguna casa, ni acudir donde va la gente, por que se me señala con el dedo, se me mira con desprecio, y los padres apartan á sus hijas de mi lado como si quisieran librarlas del contagio de algun funesto mal.

Las lágrimas de Rosa corrian sin cesar.

La tia Gervasia que conocia el fondo de bondad que se abrigaba en aquella alma desolada se esforzó en consolarla infundiéndola la idea de que quizá Jaime la visitase en aquella noche y la llevase algun buen aguinaldo para su

hijo. Despues se despidió pretestando que iba á cenar en casa de unos parientes donde le habian convidado, porque su Tomás no habia vuelto á la casa, la enviaba dinero todos los meses y la escribia con frecuencia diciéndola que estaba trabajando y que no tuviera cuidado ninguno por él.

Rosa quedó sola; cerró todas las puertas, y segun su costumbre, acostó á su niño, que no quiso soltar de la mano la pandereta, y cuando se durmió, fué á sentarse tristemente cerca de la ventana en la que se estrellaban con fuerza las ráfagas de un violento huracan.

La jóven abrió un momento los cristales, vió el cielo muy oscuro y oyó que la lluvia caia con abundancia contrariada por el fuerte viento que silvaba entre los árboles con ruido aterrador, asemejando jemidos y ayes de criaturas humanas. Espectáculo que la aterró.

—Cómo ha de venir con esta noche!..... murmuró; si parece que Satanás ha desencadenado todos los elementos.

Y sin embargo de esta duda, ella que le esperaba siempre puso la llave de la puerta sobre el velador y se sentó á concluir unas medicitas para su hijo.

Un presentimiento interior la decia que Jaime no estaba léjos y que le iba á ver aquella noche.

En efecto; mucho mas temprano de lo que acostumbraba, cuando apenas serian las diez, oyó el ruido de un coche en el camino. Escuchó con profunda ansiedad.

El carruage que indudablemente venia de Huesca, fué á detenerse delante la puerta de la casa de Rosa, la que daba al campo.

Pocos momentos despues sonaron dos golpecitos en la ventana.

El corazon de la pobre jóven saltó en su pecho, pero esta vez no fué de júbilo.

Su corazon que en otras ocasiones y por igual motivo se habia ensanchado con frenética alegría, se oprimió dolorosamente.

Por un movimiento maquinal abrió la ventana y dió la llave á Jaime que ya habia repetido con brusca impaciencia el llamamiento; pero no tuvo fuerzas para moverse de allí junto á la cuna de su hijo, como si hubiera de necesitar su defensa y le procurase un escudo con su débil cuerpo.

La puerta se abrió bruscamente y apareció Jaime en el umbral.

Rosa fijó una mirada tímida en la torba faz de su amante.

La espresion de aquel rostro de facciones duras y severas la impuso, y léjos de correr á su encuentro no se movió de su sitio.

El corazon tiene presentimientos inexplicables. Y sobre todo para el corazon de una madre. Rosa no se apartaba de la cuna de su hijo que dormia el sueño de los ángeles con la pandereta en la mano, que ni aun dormido quiso soltar.

Jaime cerró la puerta y avanzó hácia ellos.

—Rosa; dijo procurando dulcificar la aspereza natural de su acento; paréceme que no me recibes con el cariño de otras veces.

Rosa se avergonzó de esta especie de repulsion que

tan sin fundamento le inspiraba su amante, cuando acudia adivinando quizá sus deseos, á celebrar con ella aquella noche buena que se figuró pasar tan solitaria y tan triste, y haciendo ademan de arrojarle á su cuello se detuvo y prorrumpió en sollozos, viéndose obligada á sentarse junto á la cuna.